

El libro del trimestre

Carlos DÍAZ, *Vocabulario de Formación Social*.

Ediciones Iglesia en Misión (EDIM), Valencia, 1995, 538 pp.

Manuel Sánchez Cuesta

Profesor de la Universidad Complutense de Madrid. Del I.E.M.

Las estrechas relaciones que median entre pensamiento y lenguaje llegan tan lejos que en muchas ocasiones se hace difícil establecer entre ambos demarcaciones precisas. De hecho pensamos con palabras, así como también al hablar —cuando nuestro acto de habla es auténtico— lo que expresamos nos ideas. Un lenguaje cuyas palabras no sean portadoras de significado es tan vacío como un pensamiento cuyas ideas no prendan en la realidad vital.

La necesidad de esta imbricación, incluso maridaje, entre vocablo e idea fue una de las intuiciones fundamentales de la Modernidad y cuyo siglo ilustrado se encargó de explicar en ese portentoso inventario del conocer humano que daría como resultado la *Enciclopedia o Diccionario razonado de las ciencias, de las artes y de los oficios* y cuyos artículos no sólo servirían para difundir cultura y conocimientos al facilitar información e instrucción, sino también para posibilitar el nacimiento de un sentido crítico, por definición antidogmático. La *Enciclopedia o Diccionario* supuso y dio lugar a un grado elevado de maduración intelectual. Con su referencia, sin embargo, lo que nosotros pretendemos poner de manifiesto es que no existe legítimo ejercicio del hablar sin que se den paralelamente palabras plenas, pues en caso contrario el lenguaje queda reducido a mera fonesis, es decir, se diluye en sus mismos ruidos.

Un acto de habla no se ejerce, por lo demás, en abstracto sino siempre en concreto, en un contexto determinado, que es desde donde emerge el verdadero sentido. Esto significa que las palabras están en relación unas con otras, que entre todas ellas forman un *corpus* o siste-

ma, del que se ven afectados sus aspectos denotativos y connotativos con sus respectivas cargas de objetividad y subjetividad. Las palabras, así, no sólo garantizan la referencialidad de un contenido, sino que en unión con otras constituyen sendos universos de significado que dan lugar a una perspectiva, *Weltanschauung* o concepción del mundo en la que somos y de la que vivimos.

Empero desde muy antiguo se hizo posible de modo consciente ya la separación entre lenguaje y realidad, esto es, el hablar sin decir o el decir ambiguo o, incluso, el decir malicioso de la manipulación lingüística. Por una parte, este hecho ha sido utilizado con el correr del tiempo por el poder de distintos modos, mas casi siempre en la línea de una defensa a ultranza de determinados privilegios, a espaldas de la naturaleza de la realidad; por otra, el mismo conocimiento de la realidad se ha complejizado sobremanera, hasta el punto de que nuevos modos o aspectos constituyen los soportes sobre los cuales se asegura esta sociedad nuestra, es decir, la interconexión de unos seres humanos con otros y de los problemas a los que obligadamente aquellos deben hacer frente.

El hablar, además, es siempre un acto transitorio, tanto en su forma dialogal como soliloquial. Al hablar con otros, a la vez que entramos en su radio de acción, permitimos que ellos entren también en el nuestro, en el de cada uno; al hablar con nosotros mismos cotejamos con el legado de las palabras ajenas nuestras vivencias individuales, es decir, socializamos nuestra propia conciencia. El legítimo hablar, por eso, es siempre un modo de con-

trastación, una forma crítica de plantearnos la existencia, un modo prudencial de alterizarnos.

En estas coordenadas se inscribe la importancia de *Vocabulario de formación social* de Carlos Díaz, uno de los textos más maduros y personales (en Carlos Díaz escritura y persona son indisolubles) de su autor. Respetando su objetivo –poner a disposición de profesores y alumnos un vocabulario básico de formación político-social– Carlos Díaz, sin embargo, introduce en el mismo la novedad del *compromiso*, convirtiendo con ello cada una de las voces que glosa en un legítimo acto de habla, pues no sólo todo él se vierte en dichos vocablos, sino que por eso mismo el lector queda «tocado», debiendo a su vez responder desde la totalidad que lo constituye a esa idea escondida por debajo del lenguaje y que lo apela con apremio.

La lectura así de cada uno de los términos equivale a una conversación monográfica entre autor y lector, ninguno de ambos seres impersonales. En efecto, para Carlos Díaz el lector es un *tú hermano*, un ser con rostro, nunca una anónima tercera persona, un él lejano. El autor sabe bien que los tiempos del sujeto puro y del objeto puro fenomenológicos ya pasaron y que quizás su única bondad haya sido la de mostrarnos tanto la ingenuidad de una tal propuesta cuanto la posible malicia que en la misma yacía soterrada al descontextuarse sujeto y objeto, pues ofertaba la posibilidad a sujetos menos puros y más avisados de imponer a hombre y realidad coercitivas relaciones de dominio. Cada término de *Vocabulario de formación social*, en consecuencia, muta en una instancia que obliga a ser contestada en el interior de nuestra conciencia. Con lo que su lectura nos está llevando de continuo a la realidad extradiscursiva, siempre de carácter *sociopolítico*, e incardinándonos en ella desde el aquí y el ahora en el que como lectores nos experimentamos situados.

Carlos Díaz sabe bien que lo social y lo político no son un medio aséptico de vida, sino el ámbito de nuestra misma posibilidad existencial. Somos, en efecto, *polites*, ciudadanos antes que ninguna otra cosa, y en esa medida hemos

de responder a los impostergables problemas que nuestra sociedad nos plantea desde la exigencia comunitaria de la solilaridad, lo que sería imposible sin un compromiso personal. Por eso, una de las mayores novedades de *Vocabulario de formación social* reside justamente en esa ausencia de tratamiento impersonal, tan propia de los libros de su género. Frente a este modo de exposición meramente objetivista cada una de las voces aparece ahora filtrada por la conciencia de su autor y expuesta luego a nuestra consideración dentro de los parámetros del pensamiento *personalista*, es decir, de la visión de un universo en el que el hombre recupera una dignidad –la dignidad personal– de la que los últimos siglos le fueron paulatinamente desposeyendo.

No se trata pues en *Vocabulario de formación social* del acceso a una terminología que nos permita una incursión exclusivamente intelectualista en las ciencias sociales. Este aspecto es cubierto mejor o peor por otros Vocabularios realizados con esa expresa intención. Carlos Díaz –basta con reparar los términos que componen su contenido– nos inmerge en esas mismas ciencias sociales, en lo que constituyen sus principales soportes conceptuales, mas ya por él previamente valorados. Cada voz, así, es informe y contrapunto. Lo primero nos enseña cómo es algo –un algo éste muchas veces móvil, prismático, novedoso–, tal y como corresponde a unos saberes por definición no cerrados; lo segundo, el contrapunto, nos convierte en sujetos de comunicación, en oyentes y hablantes alternativos, en genuinos dialogantes –(el *dia-logos* equivale a una idea en reciprocidad)– al hilo de cuyo discurso, a la vez que afirmamos nuestro sentido crítico, vamos también perfilando experiencialmente los márgenes humanos de ese mismo orden político-social.

Es notorio, según terminamos de ver, al menos en su forma, el carácter heurístico del libro. Pero igualmente lo es por su fondo, por su contenido, pues esa manera personal y subjetiva de abordar la explicación en los vocablos de *Vocabulario de formación social* en modo alguno supone ausencia de información, de desaten-

ción a los aspectos denotativos del lenguaje. Carlos Díaz facilita los significados y, en muchas ocasiones, la historia misma de sus avatares semánticos, solo que los mismos aparecen inmersos siempre en un sistema de connotaciones personalistas, tal y como corresponde a una obra de autor. El otro aspecto del fondo lo constituye la selección de voces. Su número asciende a 153, entre las que se encuentran: acción, AIT, armamentismo, autogestión, autoridad, bien común, bienaventuranza, caridad, colectivismo, comunidad, conciencia de clase, consenso, consumismo, democracia, derechos humanos, desobediencia civil, dignidad, dinero, ecología, economía de mercado, estado de bienestar, ética cívica, familia, federalismo, genética de poblaciones, hedonismo, integrismo, intelectual, izquierda, justicia, libertad, movimientos sociales, nacionalismo, neoliberalismo, norte-sur, nueva evangelización, orden económico internacional, política, posmodernidad, progresismo, revolución, sabiduría, sindicalismo, soberanía, socialización, solidaridad, tecnoburocracia, tolerancia, utopía, valor, voluntariado social.

Dadas las pretensiones de *Vocabulario de formación social* nos parece improcedente cuestionar si están todos los términos que son, como habría sido de rigor hacer si su finalidad hubiera sido otra. Carlos Díaz, desde su experiencia personal de ciudadano, de docente y de cristiano ha elegido aquellas voces que, a su parecer,

dan lugar a un *corpus terminológico* necesario y suficiente para poder hablar y abarcar los aspectos esenciales de su personal realidad social y política y cuya pretensión es que los lectores hagamos nuestra de manera que así podamos luego empeñarnos comprometidamente en mejorarla. Tal vez proceda traer a colación aquí el concepto péguayo de sociedad, recordado por nuestro autor en su *Manifiesto para los humildes* como «la organización sistemática de la caridad» y del que Ferrer Luján se hace eco en el Prólogo.

La miseria, la pobreza, la incultura, la desprotección, los privilegios, los abusos de poder, etc. siguen presentes en nuestra realidad sociopolítica. Por eso, en el decir de cada vocablo tal vez lo que Carlos Díaz pretenda sea mostrar que aún es tiempo para la esperanza, es decir, que cultura, sentido crítico, fraternidad, testimonio, bonhomía y la misma oración pueden actuar de revulsivos para rehacer positivamente aquél orden, pues lo mismo que «Al principio era la Palabra,...» y «todas las cosas fueron hechas por la Palabra» (Jn, 1, 1; 3) donde palabra y cosa se identifican en el poder divino, así también en *Vocabulario de formación social* —nos parece— la palabra es concebida como un impulso mediante el cual cada lector seamos capaces de empeñarnos en transformar y humanizar ese nuestro ámbito sociopolítico, haciendo del mismo el lugar de una comunidad de personas. ■